

chez Navarro. Puede Ud disponerse para la salida que será pasado mañana, pero conservando la mayor reserva. »

En efecto todo estaba dispuesto para ese día ; pero á última hora no pudiendo reunirse los fondos para la expedición, sino muy avanzada la noche, se decidió salir al día siguiente, que fué el 13 de febrero de 1867.

CAPÍTULO III

Salida de México. — Guerrillas en Cuautitlan. — El paso de Calpulalpan. — Tepeji del río. — Proclama imperial. — Arribo á Querétaro. — Recepción oficial. — Banquetes. — Rivalidad entre Miramón y Márquez. — Llegan las tropas del general Méndez. — Revista militar y distribución de condecoraciones.

Á las seis de la mañana del día 13 de febrero de 1867, salía Maximiliano de sus habitaciones en el Palacio Imperial de México, y bajando por la escalera de honor, se dirigía al patio principal, donde los que debíamos acompañarlo, lo esperábamos ya.

Eran estos el general Márquez, el ministro de Justicia Don Manuel García Aguirre, los oficiales de órdenes Pradillo y Ormaechea, el doctor Basch y yo.

La servidumbre se componía de tres criados, dos extranjeros y uno mexicano, además de algunos caballerangos.

En el patio principal se encontraba también la infantería austriaca y los húsares. Y tan pronto como el So-

berano estuvo en el patio, todós los oficiales de dichos cuerpos lo rodearon y vehementemente le suplicaron que les permitiese acompañarlo á la campaña, pues afirmaban, que si ellos habían venido al país, era solo por adhesión á la persona de Maximiliano y no á la nación mexicana; agregaban, que al no haberse retirado con los franceses, la legión extranjera, fué también porque querían salvarle ó morir gloriosamente con su Emperador.

Pero todo fué en vano, porque éste, inflexible, manifestó á la oficialidad austriaca que al ponerse por primera vez á la cabeza del ejército é ir á la campaña, debía hacerlo, entregándose totalmente á los mexicanos, para darles así una nueva prueba de confianza; que así se había decidido ya, y no podía cambiarse de parecer.

Reiteraron los austriacos sus súplicas, y Maximiliano les ofreció, que comenzada la campaña, los llamaría á su lado, agregando que agradecía infinito aquella prueba de lealtad de sus valientes compatriotas.

Volvieron los oficiales á las filas y solo los coroneles Kodollich y Hamerstein y el conde de Kevenhüller permanecieron al lado del Soberano hasta que llegó el momento de la partida.

Eran las siete de la mañana cuando salimos de Palacio, y como se había mantenido en secreto la decisión tomada por Maximiliano, atravesamos las calles de la ciudad sin que la mayor parte de los habitantes de ella se dieran cuenta de la partida, pues solo uno que

otro transeunte madrugador pudo ver la comitiva imperial.

En la garita del interior se encontraba formada la tropa que debía acompañarnos y que se componía de dos mil hombres de infantería, del regimiento de la Emperatriz, á las órdenes del coronel Miguel López, de la guardia municipal de caballería con el teniente coronel Díaz á su cabeza, y la de infantería al mando de Joaquín Rodríguez.

Almorzamos en Tlalnepantla en la casa cural, dividiéndose en dos mesas la comitiva; en una se sentaron el Emperador, el ministro Aguirre, el general Márquez, el doctor Basch y el cura de Tlalnepantla, y en la otra, que se colocó en una habitación separada, se nos sirvió á los oficiales de órdenes, á los ayudantes de Márquez y á mí. Á los postres, levantamos nuestras copas de champaña por el buen éxito de la lucha que iba á comenzarse.

Un poco más adelante de Tlalnepantla y en terrenos de la hacienda de Lechería, á cuatro leguas aproximadamente de la capital, nos encontramos con la primera guerrilla enemiga, que atacó la vanguardia del ejército imperial.

Maximiliano, no solo se mantuvo sereno en medio del fuego, sino que se lanzó sobre el enemigo, que se retiró después de algunas horas de tiroteo, huyendo hacia Cuautitlan, de donde fué desalojado por la caballería que mandaba el teniente coronel Díaz.

Á los primeros tiros, cayó herido á los pies del caballo

del Emperador un corneta, que fué en el acto atendido por el doctor Basch. Yo me mantuve junto al Soberano durante toda la refriega, creyendo así estar más seguro, y sin embargo las balas silbaban continuamente enderredor nuestro, como continuados latigazos.

Al entrar á Cuautitlan, las tropas imperialistas desfilaron ante su jefe, aclamándole entusiastas. Llegamos así hasta la plaza principal de la localidad, y allí, un horrible espectáculo se presentó á nuestra vista.

Un soldado imperialista, que se había adelantado sin duda, se encontraba colgado de un árbol, con la cabeza hacia abajo y todo el cuerpo hecho pedazos á machetazos. En cambio, antes de llegar á Cuautitlan una de las mujeres de los soldados imperialistas descubrió escondido en una zanja, y con el agua hasta el cuello, á un liberal, que denunciado por la citada mujer, fué conducido ante el Emperador.

Por este prisionero supimos que la fuerza que nos atacaba estaba al mando de Catarino Fragoso y la formaban trescientos guerrilleros, bien equipados y montados. Después de oír la declaración de este soldado, el Emperador mandó que se le incorporara á uno de los regimientos de caballería, á pesar de las protestas de Márquez, que á toda costa quería fusilarlo. Cenamos en Cuautitlan, y durante la cena estuvo muy comunicativo y algo alegre el Emperador. Se conocía que aquella vida de aventuras y de peligros le distraía y le quitaba un poco los negros pensamientos que tanto debían atormentarle.

Naturalmente se habló en la cena de los acontecimientos del día, y el Emperador me felicitó, diciéndome que ya había recibido mi bautismo de fuego y que me había portado valientemente. Alguien comenzó á bromear, diciendo que á la champaña del cura de Tlalnepantla se debía mi valor, y en efecto no carecía del todo de razón.

Al terminar la cena, llegó el general Vidaurri, escoltado por una fuerza de húsares austriacos, que aprovechaba esta ocasión para salir de México y seguir al Emperador á pesar de sus órdenes contrarias. Dicha escolta estaba mandada por el capitán Fürstenverster y por el teniente Paulosky; quienes muy satisfechos por el resultado de su estratagema, pidieron permiso para saludar al Soberano.

Acompañaba también á Vidaurri el príncipe de Salm-Salm, prusiano de origen, que venía de los Estados-Unidos, donde había servido en la guerra separatista, y deseoso de correr aventuras, las buscaba en México.

El general Vidaurri era bastante alto y muy robusto, como casi todos los fronterizos. Parecía más bien abogado que militar. Perfectamente conocido por sus ideas liberales, se creó muchos enemigos entre sus correligionarios, y á la vez no inspiraba grandes simpatías á los conservadores. Sin embargo había caído muy bien á Maximiliano, y éste había contado con que la influencia de su nombre le traería muchos partidarios de las filas liberales.

Después de una larga conversación con Márquez y con Vidaurri, S. M. se retiró á descansar de las fatigas de aquel primer día de campaña.

Á la madrugada del siguiente, salimos de Cuautitlan para Tepejí del Río, habiéndose pasado aquella jornada sin incidente alguno. El Emperador caminaba tranquilamente al paso de la tropa, sobre su famoso caballo el Anteburro. De cuando en cuando, nos adelantábamos al galope, para después volver á tomar el paso regular de la infantería.

Yo montaba un magnífico caballo blanco, muy brioso y me quedaba con frecuencia atrás de la columna, para charlar con los oficiales ; y cuando el Emperador me llamaba para darme órdenes, me veía obligado á emprenderla á todo escape, dificultándoseme algunas veces contener á mi briosa cabalgadura.

Maximiliano, que veía aquello, me reconvenía familiarmente, diciéndome que los secretarios eran gente de pluma y no de espada, y que debían montar pacíficas mulas y no briosos bucéfalos.

Siguiendo pues esa idea, al siguiente día que salimos de Tepeji del Río para San Francisco, los criados me llevaron una mula perfectamente enjaezada, diciéndome que Su Majestad ordenaba que la montase. No tuve más remedio que obedecer, y el Emperador al verme se rió mucho y dijo que así estaba en mi papel, y que en esa cabalgadura hasta podría yo escribir algunos apuntes que me dictaría, como en efecto lo hizo.

Como la anterior, esta jornada nada tuvo de extraor-

dinario ; después de una marcha de cuatro horas, se hacía un alto de una ó dos, para el descanso de la tropa. Esta colocaba sus armas en pabellones y preparaba su almuerzo, formando grupos muy pintorescos. Las mujeres buscaban á sus hombres para prepararles los alimentos, y después de almorzar, se permitía un rato de sueño.

En esas paradas, se trataba de encontrar alguna casita aislada donde pudiera almorzar y descansar Su Majestad ; pero cuando no se encontraba, el Soberano lo mismo que sus soldados comía al pie de un árbol ; y con frazadas se le proporcionaba un rústico lecho, donde pudiera reclinarse.

La noche que dormimos en San Francisco no fué tan tranquila, pues allí se dió aviso al general Márquez, de que una fuerza mandada por el general José Cosío Pontones, compuesta de seiscientos hombres, se dirigía á un desfiladero por donde teníamos que pasar y probablemente situándose á ambos lados del camino, nos atacaría á nuestro paso.

Nos pusimos pues en marcha, al siguiente día, á las seis de la mañana, y almorzamos en el pequeño pueblo de San Miguel Calpulalpan, célebre en la historia de nuestras guerras civiles por la victoria obtenida por González Ortega contra Miramón algunos años antes.

Allí almorzamos, y para pasar el desfiladero se dispuso que una descubierta de tiradores pasara antes que el grueso del cuerpo de ejército. Por fortuna el enemigo que se había apoderado de las alturas, las ocupaba tan

sólo á un lado del camino dejando libre por completo el lado opuesto. Márquez dispuso que pasáramos por el lado libre, haciendo fuego sobre el enemigo, cosa que fué muy criticada por algunos oficiales del Estado mayor, porque estando sólo una altura ocupada por los liberales, fácil hubiera sido, decían, atacarlo por la espalda con una parte de nuestra columna, mientras el resto pasaba por el desfiladero.

Pero se siguió lo indicado por Márquez y mientras que nuestros tiradores marchaban haciendo fuego hacia el lado izquierdo, los liberales protegidos por los árboles, hacían otro tanto, enviándonos descarga tras descarga. Maximiliano marchaba á la vanguardia, rodeado de sus oficiales y de su comitiva.

Hubo un momento en que la columna se desorganizó, porque nos encontramos con una diligencia, que tirada por doce mulas, había sido obligada á retroceder pues los viajeros parecieron sospechosos á los liberales.

Estos creían que en ella iba el Emperador, y á ella dirigieron todos sus tiros consiguiendo asustar á las mulas y que éstas volcaran la diligencia, que fué un obstáculo para nuestra marcha, pues hubo una tardanza de más de media hora para volverla á poner lista y que continuara su viaje.

Mientras duró toda aquella maniobra, el Emperador, sus oficiales y su comitiva, nos habíamos abrigado cerca de un árbol, donde éramos el blanco de las balas de los liberales.

Vidaurri, los ayudantes y los oficiales que rodeaban al Emperador, le hacían ver el peligro y le suplicaban que se albergara en algún recodo del terreno, pero Maximiliano, muy sereno, les contestaba.

— ¿Cómo quieren ustedes, que me cuide desde la primera ocasión? Más conveniente en exponerme un poco.

Seguíamos al paso de la tropa, terminado el incidente que acabo de relatar, y casi llegábamos al término del desfiladero, cuando escuchamos una tremenda detonación. Era Márquez, que con una pieza de artillería de montaña, había ordenado hacer fuego contra los liberales.

Maximiliano violentamente volvió bridas á su caballo y corrió hacia el punto donde se había escuchado la detonación.

Volamos tras él, los que lo acompañábamos de cerca, y al llegar cerca del cañón encabritóse mi caballo, y cayendo en tierra, me derribó.

Al verme caer el Emperador, se acercó a mí, y muy inquieto, me preguntó:

— ¿Está usted herido?

— No, señor, le contesté, y le referí lo acaecido.

— Ve usted, agregó, si usted hubiera venido hoy, como ayer, montado en su mula, no le habría pasado ese percance.

— Es verdad, señor, contesté riendo: pero en caso de correr, no lo hubiera hecho tan bien como en mi caballo.

Cerca de tres horas pasamos en el desfiladero, continuando enseguida nuestra marcha por la llanura.

Al llegar á ésta, los más denodados guerrilleros se adelantaron, haciéndonos siempre fuego; pero entonces se desprendieron de nuestra columna algunos jinetes y lanzando un hurrah formidable, cayeron á sable sobre ellos, trayendo los caballos como trofeo de su victoria y dejando algunos muertos en el terreno. Atacado pues tan formidablemente el enemigo huyó también de las alturas.

Por la tarde llegamos á Arroyozarco, donde en la casa de diligencias encontramos una excelente comida dispuesta para los liberales, comida á la que hicimos todos los honores, festejando la ocurrencia de que comiéramos los manjares preparados para nuestros enemigos. El día once, llegamos al pueblo de la Soledad, pequeña aldea de reciente fundación donde se celebraba una feria. Allí se nos recibió con grandes demostraciones de entusiasmo, creyendo todas aquellas buenas gentes, que iba á comenzar una era de paz y de felicidad.

El 17 hicimos á marchas forzadas una jornada de veinte leguas, para llegar á San Juan del Río. Allí el Emperador dirigió el ejército una proclama que se imprimió y distribuyó profusamente. En ella decía que se ponía á la cabeza del ejército, deseándolo ardientemente, para combatir por los dos principios más sagrados del país, su independencia y la paz interior. Anunciaba en dicha proclama, que había nombrado al general Márquez,

jefe de Estado mayor, y distribuído el ejército en tres cuerpos, dando el mando del primero al General Miramón, dejando el del segundo á su jefe actual y el del tercero al intrépido general Mejía.

Añadía que de un momento á otro esperaba la llegada del valiente General Méndez, con sus fieles y aguerridos soldados que formarían parte del segundo cuerpo; que el general Vidaurri, lo acompañaba, para organizar las tropas lo más pronto posible y abrir la campaña del Norte. La proclama terminaba con estas palabras:

« Confiemos en Dios, que protege y protegerá á México y combatamos bajo nuestra sagrada invocación: ¡ Viva la Independencia! »

Llegamos al Colorado el día 18 y en ese pequeño pueblo, situado á dos leguas de Querétaro, pasamos la noche, y el 19 á las nueve de la mañana veíamos la ciudad fatídica, donde el noble príncipe había de ser sacrificado. Desde las alturas de la Cuesta China y á una media legua ya se divisaba el extenso caserío de la levítica ciudad.

Allí, en las alturas de la Cuesta China, nos detuvimos para aderezarnos un poco y hacer nuestra entrada en la ciudad. La tropa se arregló con los pocos efectos que traía, el Emperador suspendió á su cuello el gran cordón del Águila Mexicana, dejó su sombrero blanco y su paletot gris, para ponerse su elegante uniforme de general; cambió el manso Anteburro por el brioso y bellissimo Orispelo, y bajando lentamente la montaña, llegamos á las once y media de la mañana á la garita

de Querétaro. Los generales Miramón y Mejía salieron al encuentro de Su Majestad con sus Estados mayores y se reunieron á la comitiva.

Fué nuestra entrada á Querétaro una entrada triunfal.

Desde la garita, hasta el centro de la localidad, en cuya calle principal estaba el Casino Español, destinado para habitación del Emperador, se apiñaba una multitud que saludaba al séquito imperial con gritos entusiastas; no había ventana, ni balcón, ni puerta, que no ostentara cortinas y banderolas, y hermosas mujeres que lanzaban flores y batían palmas al paso del Soberano y de su comitiva.

Por último, por el aire volaban millares de hojas, en las que se leía un himno dedicado á Maximiliano.

Cuando llegamos al Casino, Su Majestad se dirigió al salón principal, donde fué recibido por el prefecto de la ciudad, por el general Escobar y por los grandes funcionarios civiles y militares. Acompañados de todos estos personajes, nos dirigimos á la catedral, donde se cantó un solemne *Te Deum*, teniendo lugar después la recepción de las autoridades en la citada sala del Casino. En dicha recepción, Escobar y Miramón pronunciaron discursos que merecieron nutridos aplausos.

Por la tarde, se sirvió un banquete, al que no asistió Maximiliano, por encontrarse muy fatigado. En ese banquete, Márquez pronunció un brindis lleno de sarcasmo y de ironía contra la juvenil temeridad de Miramón, y se refirió á su último desastre. Este valiente y

leal militar, pálido de ira, se contuvo sin embargo, y brindó secamente por el ejército.

Esa rivalidad entre los dos jefes principales del Imperio tenía que producir muy pronto fatales resultados para la causa.

Al siguiente día á las cuatro de la tarde llegó á Querétaro la brigada del general Méndez, compuesta de cuatro mil hombres, bien armados y equipados, y que venía de Michoacán. Maximiliano en persona fué á su encuentro, pasó revista á las tropas y distribuyó medallas y condecoraciones á los oficiales y á los soldados.

Por la noche, se sirvió un banquete en la sala del Casino, presidido por Su Majestad, que parecía haber olvidado sus temores y sus presentimientos; todo anunciaba, al parecer, por lo menos, una nueva era de esplendor para el Imperio.

Muy pronto, la realidad había de despertar á todos los imperialistas de aquel sueño dorado.